

[214]

media estaba acompañada de los obreros, lo que muestra la heterogeneidad de intereses en los movimientos sociales. Según el autor, para que exista un movimiento de clase media este debe ser homogéneo en su llamado político y unificado en su identidad social. Por eso, a lo largo de la argumentación uno capta la preocupación del autor por definir *a priori* lo que sería una verdadera participación política que simultáneamente tienda a no prestarle atención a la heterogeneidad en los proyectos políticos gestados por la clase media argentina durante el siglo xx. Reconocer esta heterogeneidad nos ayudaría a observar críticamente cómo en esta multiplicidad de proyectos algunos grupos sociales lograron construir varias identidades de clase media.

Los reparos que he presentado no impiden reconocer que *Historia de la clase media Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión* contribuye a enriquecer la historiografía de la clase media en América Latina, precisamente por tratarse de un libro sugestivo en sus argumentos y exhaustivo en su documentación que, además, invita al debate teórico e histórico. Historiadores, sociólogos, antropólogos, politólogos, y el público en general pueden encontrar una lectura provechosa si lo que buscan indagar es el lugar de la clase media en la modernidad, el neoliberalismo y la globalización.

ABEL RICARDO LÓPEZ PEDREROS

Western Washington University

ricardo.lopez@wwu.edu

**Geoff Eley.**

***Una línea torcida. De la historia cultural a la historia de la sociedad.***

Valencia: Universidad de Valencia, 2008. 297 páginas.

El libro de Geoff Eley pretende ser un texto autobiográfico con una abierta y marcada opción política, sin embargo, termina siendo un texto que además de presentar una panorámica historiográfica que diluye la anunciada o supuesta participación del autor también inscribe dicha historiografía de manera ecuánime en las dinámicas de la historia mundial recurriendo a posiciones políticas del autor muy bien matizadas. Su paradójica condición vital de ser un historiador británico que trabaja sobre la historia de Alemania en universidades de los Estados Unidos, enunciada de manera discreta en varios momentos del relato, refleja la complejidad y al mismo tiempo amplitud con que aborda el problema de aparición de la historia social y su tránsito incierto hacia la difusa línea de la historia cultural, frecuentemente denominado como “giro lingüístico” o “giro cultural” de la historia social. Quizás de allí radiquen las motivaciones para el título *Una línea torcida*. La presentación de los historiadores marxistas británicos se me antoja mucho más rica, completa, contextualizada y al mismo

tiempo matizada con los problemas teóricos, políticos, inconsistencias, giros y desavenencias entre protagonistas que la de un texto dedicado a ellos, como *Los historiadores marxistas británicos* de Harvey J. Kaye.

Eley, graduado y doctorado en Sussex, Inglaterra, es profesor de Ann Arbor, Michigan desde 1979 y sus trabajos giran principalmente sobre la historia de Alemania durante los siglos XIX y XX. En este libro constantemente hace un énfasis especial en el surgimiento de las perspectivas feministas y la historia de género, sus intereses además están relacionados con la historia del cine y de las izquierdas europeas. El texto aparece en el 2005 en inglés, originalmente bajo el título de *A Crooked Line: From Cultural History to History of Society*.

Su propósito inicial de hacer un inventario de la historia social y luego explorar la relación de la disciplina con la política resulta corto para el vuelo que alcanza el texto en aspectos como la crítica y discusión de aristas teóricas, la reseña de trabajos de historiadores —muchos más de los que él mismo admite destacar (Edward P. Thompson, Tim Mason y Carolyn Steedman)—, la contextualización del surgimiento y desarrollo de líneas metodológicas, temáticas y posturas políticas en el desarrollo del abanico de posibilidades historiográficas relacionadas con la historia social y con su tránsito hacia la historia cultural. Resulta más bien una profunda reflexión del autor, algunas veces con una carga optimista —como el título de uno de los capítulos que componen el libro—, sobre sus propias posturas frente a la superación de la historia social por una historia cultural pero sin abandonar las profundas raíces estructurales de una concepción marxista de la historia emparentada principalmente con los giros teóricos de Edward P. Thompson, raíces que además derivan en unos compromisos políticos a los que el historiador, en su concepción historiográfica, no puede declinar o renunciar y que por el contrario se expresan muchas veces en el texto en un tono de tintes morales, con un compromiso ético explícito.

El texto hunde las raíces de la historia social en Inglaterra en un ambiente historiográfico muy conservador, que el autor identifica —a partir de su propia experiencia— como el de una pedagogía histórica de la Universidad de Oxford poco imaginativa, limitada y convencional. Esta situación cambia a partir de los años sesenta con el auge de la historia social y por el impacto de tres fuentes principales: los historiadores marxistas británicos, el desarrollo de las ciencias sociales, especialmente en Estados Unidos; y el impacto de la llamada escuela francesa de los *Annales*. Todo el texto va a exponer lo que el autor denomina “dos oleadas innovadoras de la historiografía”, que se traslapan pero que van a tener un desarrollo desigual: la de la historia social y la de la “nueva historia cultural” que alcanzará su punto más alto en la década de los noventa, ambas además,

[215]

---

\* Harvey J., Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio* (Zaragoza: Prensas Universitarias Universidad Zaragoza, 1989).

implicadas en el compromiso de exponer y propender por el desarrollo de formas de inclusión democráticas en los objetos, métodos y relatos que van a derivar.

[216]

El autor además de destacar de esos años sesenta la falta de interdisciplinariedad académica que se rompía con figuras como Raymond Williams pese a las acendradas críticas de sectores académicos de historiadores representantes de un extremo conservadurismo inglés, también evoca constantemente la necesidad de complementar la historia con teoría, y esto, en sus palabras, no podía encontrarse sino fuera de la historia, especialmente en la sociología, en la ciencia política y, específicamente, en el marxismo.

En la década de los setenta irrumpe la historia social, cuyo discurso inaugural parece presentarlo el autor con Eric Hobsbawm y el tránsito de la “historia social a la historia de la sociedad” dando vuelo, de nuevo, a implicaciones teóricas de determinación mucho más amplias que los trabajos que los precedían. Eley destaca tres influencias que convergían en un modelo materialista de causalidad de tipo estructuralista: los historiadores marxistas británicos, la historia de *Annales* y la influencia de la ciencia social estadounidense y británica de la posguerra.

En primera instancia, hace un recuento de las contribuciones de los historiadores marxistas británicos, influencia que considera muy importante para el desarrollo de la historia social con la creación de la revista *Past and Present*. Seguidamente, recuenta la historia de *Annales* en sus diferentes etapas y resalta su papel en la construcción institucional de la historia social en Europa y la permanente colaboración con los historiadores marxistas británicos. La historia social, ciencia social histórica o historia científico-social de los Estados Unidos es la última influencia que presenta, de la cual a su vez destaca la de la sociología y, específicamente, la del estructuralismo, teniendo como base la familia, luego la posindustrialización, los estudios de historia urbana, la juventud y la infancia, el crimen, el castigo, la ley y el encarcelamiento, incluso hasta los trabajos de la acción colectiva de Charles Tilly, la cual Eley describe y pondera como una operatividad teórica desde la sociología hacia la historia.

Más adelante dedica un apartado a Edward Palmer Thompson —luego de su proyección en los *History Workshops* en el Ruskin College, a la cabeza de Raphael Samuel— y a su intento por democratizar la práctica de la historia e impugnar “la ideología predominante u oficial del pasado nacional” (p. 95). Destaca la proyección de la obra de Thompson en el surgimiento del movimiento de historiadoras sobre las mujeres y en los estudios de otras latitudes marginales como Asia y África. La obra de Thompson termina siendo el puente o puerta de entrada a la historia cultural con sus contribuciones al rescate de prácticas rituales y dimensiones simbólicas de la vida diaria a partir de lo que podría de-

---

\*\* Eric Hobsbawm, *Sobre la historia* (Barcelona: Crítica, 1998) cap. 6.

signarse como una etnografía histórica constituyente de las bases de la historia desde abajo o de abajo hacia arriba.

Después de abordar el tema sobre el freno impuesto por el desarrollo del nazismo en Alemania, expone de manera amplia el desarrollo de la historia social que se dio en ese país gracias a figuras como Hans-Ulrich Wehler y Jürgen Kocka, quienes revitalizan posturas y tradiciones teóricas como las de Marx y las de Weber.<sup>\*\*\*</sup> A partir de la influencia de Thompson el autor termina marcando su propia distancia frente a las concepciones de la historia de Alemania, catalogando las de Wehler, por ejemplo, como un modelo manipulador de las posturas políticas populares. Sus postulados y la aparición de los primeros trabajos de historia cultural y de vida cotidiana pretenden poner en crisis los modelos de aplicación del materialismo histórico y especialmente de las categorías de base y superestructura. Eley admite su atracción por el marxismo culturalista de Raymond Williams a través del cual la clase obrera, que estaba ausente de los análisis estructuralistas, podía hacer presencia. En los debates suscitados en torno a estas nuevas expresiones historiográficas, alimentados además por las propuestas teóricas de Althusser, el autor propone la semilla del surgimiento de la historia cultural. Los signos de estas tendencias están personalizados, además de Thompson, en figuras como Gareth Stedman Jones, identificado con el “giro lingüístico”, y William Sewell y una cohorte de historiadores alemanes de la vida cotidiana que en palabras de Eley dejaban de lado el estructuralismo (p. 152). Las condiciones sociales y políticas, el ascenso del conservadurismo en Inglaterra habrían contribuido al decaimiento de la historia social, simbólicamente asentado en la figura de Tim Mason y las vicisitudes de sus intentos de operatividad teórica derivada del desarrollo del materialismo para la explicación de las relaciones del nacionalsocialismo con la sociedad alemana y la resistencia obrera. El suicidio de Mason es el colofón para el capítulo denominado “Desilusión”.

En el capítulo titulado “Reflexión” expone el desarrollo del giro cultural que hubo con los desafíos que le impuso el feminismo, las discusiones sobre el concepto de raza y racismo, colonialismo y poscolonialismo. Como punto de ruptura entre la historia social y la historia cultural postula un evento dirigido por Charles y Louise Tilly y luego el desarrollo de un radicalismo entre culturalistas y estructuralistas, dualidad frente a la cual surgen los estudios culturales. Estas perspectivas están encabezadas por los estudios de género y sus propuestas teóricas a los que el autor les asigna un papel preponderante de transformación en la “fundamentación de la manera de pensar la historia” (p. 193) a medida que va exponiendo los diferentes aspectos relacionados con la historia cultural.

[217]

---

\*\*\* A manera de paréntesis, es inevitable señalar que la exposición de los mecanismos plebiscitarios y de fidelización del electorado inscritos dentro de la categoría de “imperialismo social” de Wehler son sugestivos como explicaciones de condiciones muy cercanas a nuestra presente sociedad.

[218]

Después de la historia femenina propone como segundo aspecto la influencia de Michel Foucault; la historia de las mentalidades de la escuela de los *Annales*; la ampliación de campos de la cultura como los estudios literarios, el cine, los medios de comunicación y entretenimiento, tecnologías, etc., “culturas y economías de consumo y entretenimiento” (p. 199) ancladas en el núcleo de los procesos de reestructuración capitalista; la aceleración del diálogo entre antropología e historia; el problema del concepto de *raza*, lo racial como forma de identidad y el racismo como forma de exclusión social que deriva en los problemas del colonialismo y el poscolonialismo, imperialismo y estudios subalternos.

El autor considera estimulantes el papel de rescate de la memoria de los estudios culturales a pesar de su confusión con el “boom de la memoria” de las historias y eventos conmemorativos impregnados de la “nostalgia del presente”. Además, la variedad de temas y perspectivas que proponen las historias culturales, antes que una indefinición de campo suponen dinamismo, entusiasmo y la implicación de una conciencia de interdisciplinariedad creciente. Con estos estudios, en su opinión, se ha dado una renovación de la crítica de los archivos y de las fuentes, renovación que sugiere incluso perspectivas para su constitución y construcción. Concluye proponiendo la obra de Carolyn Steedman “Landscape for a Good Woman” como prototipo de la síntesis integradora del giro cultural y la historia social con lo cual, además, se rompen los límites “artificiales” entre lo cultural y lo social.

CAMILO DUQUE NARANJO

Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá.

camilo@utopica.com

### **Raquel Gil Montero.**

***La construcción de Argentina y Bolivia en los Andes meridionales.***

***Población, tierras y ambiente en el siglo XIX.***

Buenos Aires: Prometeo Libros, 2008. 281 páginas.

La historiadora Raquel Gil Montejo, profesora de la Universidad Nacional de Tucumán, Argentina, reconocida por sus trabajos sobre población y consolidación de regiones de frontera en los Andes meridionales en la época colonial y temprana republicana, presenta en este libro una interesante investigación sobre la conformación de la frontera argentino-boliviana, tema poco tratado debido a la amplia atención que la historiografía argentina ha dedicado a la conformación de la provincia de Buenos Aires. Dicho factor hace de este texto un trabajo excepcional por el uso de variables como la cuestión ambiental, la producción prehispánica y la pugna existente entre los deseos de implementación del orden republicano y la supervivencia del orden prehispánico y colonial.